

EL INSTITUTO DEL MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA ¹

Por JOAQUÍN FRENGUELLI

Señores :

Agradezco al señor Presidente, doctor Ricardo Levene, el honor de conmemorar, en este solemne acto inaugural, el cincuentenario de la fundación del Museo de La Plata.

No era a mí, último llegado y último en la serie de su personal, a quien debiera corresponder tan alta distinción y una tarea tan ardua. Porque es tarea realmente ardua sintetizar, dentro de una apremiante exigüidad de tiempo, la labor grande realizada por esta institución que, en el breve correr de medio siglo ha sabido reunir tantos tesoros, prodigar tantas enseñanzas, adquirir tantos méritos, con tesoneros esfuerzos, dirigidos a la consecución de ideales generosos en pro de la Patria, de la Humanidad y de la Ciencia.

Tarea ardua, pero grata, porque me brinda la oportunidad de pagar públicamente mi modesto tributo de gratitud a este Museo que, por mérito de los hombres que lo hicieron grande, más intensamente supo penetrar en la ermita de mi actividad, para traerme estímulo y ejemplo, aliciente y consuelo.

Y, sobre todo, me es grato recordar a su fundador, Francisco P. Moreno, como ejemplo de una vida enteramente consagrada, no a labrar su bienestar o su gloria, sino a una especie de santidad patriótica y científica, cuya evocación, en este momento, alcanza un aspecto moral de elocuencia conmovedora y nueva.

Recordémoslo con veneración y, en su memoria, honremos también las grandes figuras que le secundaron y las que siguieron su huella luminosa en el transcurso de estos cincuenta años, y entre ellos principalmente a Lafone Quevedo y a Torres.

Todos ellos, por su obra constante y sabia, no sólo crearon un museo

¹ Discurso leído en el acto de la inauguración de cursos en 1934, con motivo de cumplirse el cincuentenario del Museo.

que, en las diferentes etapas recientes del progreso nacional, supo cumplir con eficiencia su triple misión científica, docente y cultural, sino sobrepasar los confines de la Patria e imponerse a la consideración del Mundo.

Nacido como simple Museo de Antropología y Arqueología americana, de Americanística, como diríamos con vocablo moderno, muy pronto extendió su dominio a todas las disciplinas de la Naturaleza, transformándose en un Museo de Historia Natural, en el sentido más amplio de este término.

Más aún, por momentos, invadió también el campo de la Humanística, mediante la honrosa colaboración de esas eminencias de acción y de saber que fueron Bartolomé Mitre, Andrés Lamas y José Toribio Medina.

Superado muy pronto su inicial carácter estático, supo evolucionar al diapasón de los tiempos y transformarse en una institución que, a pesar de su modesto calificativo de Escuela, cumple hoy la función de una verdadera Facultad, porque no sólo imparte conocimientos, sino elabora experiencias, efectúa investigaciones, organiza seminarios, realiza excursiones y forma discípulos enderezados al cultivo de la ciencia pura.

La eficacia de su misión se aperece claramente en la excelencia de sus egresados, que suministraron valores auténticos a la ciencia argentina y a su autonomía.

Este es su mejor blasón, que puede anteponerse, quizás, al orgullo de su hermoso edificio, de sus salones repletos de tesoros científicos, sabiamente ordenados y clasificados, de sus publicaciones densas de saber y pródigas de enseñanzas : como sus monumentales *Anales*, su voluminosa *Revista*, sus recientes *Notas Preliminares*, que han dado a su labor ductibilidad y agilidad nuevas.

Recordar, en este momento, el nombre y los méritos de todos los eminentes especialistas que cooperaron eficientemente a la organización y al desarrollo del Museo platense sería un deber; pero, la enumeración, aun reducida a simples guarismos, pasaría el tiempo impuesto a mi cometido.

Por otra parte, quizás sería superfluo, puesto que todos ellos están presentes en nuestra memoria y en nuestra estima, así como lo están en la gratitud de toda la Nación y especialmente de esta ciudad, que siempre, desde su vigoroso nacimiento, ha sabido identificarse con su Museo, su obra y sus hombres.

Es un deber ineludible, sin embargo, mencionar siquiera, además de Moreno, Lafone Quevedo y Torres, a Carlos Spegazzini, ejemplo admirable de laboriosidad, por muchos lustros, con inagotable entusiasmo, optimismo envidiable, consagrado a su hondo amor a la Naturaleza en este suntuoso escenario.

No es posible evocar la memoria del eminente micólogo sin que la mente corra indefectiblemente a otra cumbre del desenvolvimiento científico nacional : a Florentino Ameghino, ligado a Spegazzini por la misma fe, el mismo entusiasmo, las mismas inquietudes, la misma pasión y el mismo temperamento de concebir la vida y el mundo sólo a través de la Ciencia.

También es imprescindible señalar las venerables figuras de Fernando Labille, Santiago Roth, Hermann ten Kate, Rodolfo Hauthal, Carlos Burkhardt, Carlos Bruch, Roberto Lehmann-Nitsche y, además, las de Federico Kurtz, Hermann von Ihering, Ricardo Liddekker, Adolfo Doering y Ángel Gallardo, quienes, sin pertenecer al personal del Museo, le dieron brillo con sus valiosas colaboraciones.

Tampoco puedo pasar en silencio los nombres de Félix F. Outes y de Salvador Debenedetti, quienes, en mi nueva tarea, fueron mis más ilustres predecesores.

En fin, junto a los hombres de ciencia, es deber también evocar la memoria de aquellos hombres de gobierno, quienes, como Vicente Quesada, Dardo Rocha, Manuel B. Gonnnet y Carlos d'Amico, quisieron y secundaron la obra de Moreno, y aquel espíritu eximio de Joaquín V. González, quien, no sólo fué alma y vida de esta Universidad, sino también factor preclaro de progreso para nuestro Museo.

Al esbozar una rápida reseña histórica del Museo platense, mi inmediato predecesor creyó que pudieran distinguirse tres fases diferentes en su desarrollo : la época de Moreno, la época de Lafone Quevedo y la época de Torres.

Es mi opinión, sin embargo, que dentro del mismo período no es posible percibir más que dos etapas, cuyo deslinde está netamente marcado por el momento en que la institución de provincial se hace nacional y de museo de exhibición e investigación se transforma en instituto universitario : esto es por ese momento que separa dos fases : una primera, de construcción, que desde el 17 de septiembre de 1884, fecha legal de su fundación, llega hasta la aplicación de la Ley-Convenio, y de una segunda de integración, que, hasta que se nacionaliza el Museo, llega a la segunda mitad del año pasado.

Si queremos considerar una tercera fase, a mi modo de ver, debemos decir que ésta recién ha comenzado desde el momento en que el doctor Ricardo Levene, a las preocupaciones de la presidencia de esta Universidad, quiso asociar también las de la dirección del Museo.

Es mi convencimiento de que su auspiciosa intervención, aun cuando breve y circunstancial, fijará el nuevo jalón. Y, para el rumbo futuro del Museo, tendrá un significado ético acaso comparable con esa larga fase de gestación, que precedió a la fecha legal en que se fundara, iniciada aquella tarde de agosto, remota ya (1866), en que, a orillas del estuario

platense, el niño Moreno recogiera esas « piedras chinas », que el Museo conserva aún cariñosamente entre sus más preciadas reliquias.

Pero, para que esta aserción mía no aparezca simple expresión de gratitud personal o de adulación vana, serán necesarias algunas palabras de justificación.

En la evolución de los grandes museos de Historia natural, cuya misión es hoy realmente compleja, por cuanto ya no pueden ser simples almacenes de « naturalezas muertas », sino organismos vivos de investigación, de docencia y de cultura, han intervenido múltiples factores, generales y especiales.

Los primeros, de mayor importancia, son los que han progresivamente modificado su concepto en relación con el progreso de los conocimientos humanos y, sobre todo, con el sucesivo variar de las tendencias filosóficas en relación con el concepto de la ciencia.

Cuando nació el Museo de La Plata la actitud científica y filosófica del momento estaba bien caracterizada. Las finalidades de un museo de Historia natural estaban bien definidas por las palabras de W. H. Flower, que Moreno hizo reproducir, a manera de programa, en la cabecera del primer tomo de la *Revista* : « Los museos de Historia natural son instituciones destinadas a la colección y conservación de los objetos indispensables a la investigación, al estudio y a la enseñanza »; « las colecciones de este género deben tratarse como los libros de una biblioteca, que sólo deben servir para ser consultados y para procurar datos a los que tienen capacidad para leerlos y para comprender su contenido ».

Esto es, un museo en el cual los fines culturales aparecen remotos o accesorios; un museo destinado no a formar generaciones cultas, sino a proporcionar elementos a los adeptos y, debemos agregar, a los iniciados en los misterios de una ciencia que, en ese entonces, había destronado a la filosofía para invadir todo el campo de los humanos conocimientos, para absorber todas las actividades del espíritu.

Transcurrida ya la exorbitancia idealista que, en íntima relación con el romanticismo, había dominado en los comienzos del siglo pasado, en el armonioso y misterioso mundo de la materia, fundáronse las esperanzas de toda renovación, de toda emancipación, de toda salvación de una humanidad continuamente acosada por el inquietante enigma de sus orígenes y de su destino.

Recordemos también que eran aquellos los tiempos más fervientes de la revolución evolucionista, y cuando ya, bajo la influencia de las ideas de Comte, Stuart Mill y Spencer, la teoría darwiniana se había puesto al servicio de un materialismo racional y utilitario.

El evolucionismo, concebido, en un principio, como anhelo íntimo de toda belleza y de perfección, como marcha constante de las formas biológicas y de las psiquis bajo la ley de un progreso continuo y el impulso

de un principio inmaterial animador de la vida, había transformado su concepto en una preocupación exclusiva de la materia en producir variaciones útiles dentro del misterioso laboratorio de su química interna y bajo las influencias físicas del medio exterior.

Y estos conceptos, llevados desde la hipotética manera al hombre, habían aventurado una evolución positivista y materialista, más allá de la ciencia, en cuyo seno había nacido, hasta invadir los problemas más difíciles y más oscuros de la filosofía.

Bajo estas influencias, F. P. Moreno, venciendo con la tenacidad de su voluntad y de su pasión dificultades materiales, resistencias pasivas del ambiente y, a veces, la incompreensión de sus contemporáneos, logró formar un magnífico museo, digno de su admiración y ejemplo.

Pero, un museo de recolección, de exhibición y de investigación científica; un museo que reflejaba claramente las tendencias de la época en el anillo simbólico de su hermoso edificio, en la serie circular de sus salones, como cadena cerrada, donde el eslabón humano, aspiración última y suprema de la materia organizada, vuelve a encadenarse con la materia bruta, de la cual desciende a través de la larga serie evolutiva de la vida.

La Ley-Convenio, que marca el comienzo de la segunda etapa de nuestro Museo, no fué acto arbitrario, sino exponente claro de tendencias completamente cambiadas.

En verdad, el museo platense no podía permanecer indiferente ante la evolución de los conceptos museológicos y, menos aún, insensible a las alternativas de las ideas filosóficas.

Entonces, de la reacción de la filosofía en contra del dogma de una ciencia omnipotente, habría brotado ya un concepto mucho más modesto, pero mucho más humano de la ciencia.

Ésta, desde el círculo estricto de los ambientes académicos, había pasado poco a poco al patrimonio de todos los hombres cultos; del dominio de las altas academias, de las cuales para el resto del mundo salía el oráculo de una verdad elaborada en el misterioso laboratorio del sabio, la ciencia se había transformado en un instrumento de cultura accesible a todos los hombres de buena voluntad.

Ello fué consecuencia de la lucha entre los orgullos de la razón humana, que todo quería recluir dentro del mundo de la materia, y los alardes de aquellos que, proclamando la impotencia de la razón frente a los problemas del espíritu, proclamaban la bancarrota de la ciencia.

Fué debido también a la paulatina suplantación de un evolucionismo materialista por neo-vitalismos idealistas. Del campo de la Ciencia los grandes problemas del espíritu volvieron al dominio de la Filosofía y de una Filosofía que, con el rigor de su lógica y con su profunda fe en un principio fuera de la materia y sólo concebible por intuición, impuso la racionalidad de una fuerza metafísica que moldea la materia plástica y,

con su soplo vivificador, la dirige en sus infinitas y complicadas manifestaciones biológicas; de una Filosofía que, por boca de Poincaré, proclamaba que la Ciencia no debió nacer del conflicto entre el hombre y Dios, sino entre el hombre y la naturaleza : el hombre impulsado por su inextinguible deseo de saber y la naturaleza celosa de sus innumerables secretos.

La nueva situación no pudo dejar de plantear serios problemas a los museos de Historia natural, cuya misión no podía conformarse en limpiar, ordenar, clasificar objetos para satisfacer la curiosidad del público o para suministrar datos útiles al progreso de la técnica.

De consecuencia, alrededor del mismo año en que aquí se promulga la ley-convenio, vemos en todos los grandes museos del mundo agitarse la misma crisis y actuarse las mismas reformas.

Los viejos museos, surgidos para resumir estáticamente el mundo, en la vana ilusión de encerrar dentro de una serie de objetos sabiamente ordenados, la imagen sintética de la realidad de la vida, se transforman en entidades dinámicas, capaces de corresponder a la doble función de servir al progreso de la Ciencia y de medio eficaz a la instrucción pública. Y, dentro de los museos, centros de recolección y de investigación científica, surge la cátedra universitaria, no prevista en la época de Flower y de Moreno.

No hay duda de que, también en su segunda etapa, el Museo de La Plata fué expresión fiel de las nuevas tendencias y correspondió a las previsiones certeras de Joaquín V. González.

En efecto, no perdió el Museo su destino como centro de estudio y exploración del territorio nacional y conservación de sus tesoros acumulados, sino que estas cualidades se hicieron más notables poniéndose al servicio de la instrucción científica de la Nación entera, bajo el plan metódico y coordinado de la Universidad; las colecciones, que hasta entonces, sólo realizaban esa vaga y remota forma de educación colectiva, que consiste en la visita popular de los días feriados, se convirtieron en enseñanzas efectivas y en estudio directo, guiado por los profesores, que tuvieron en sus discípulos estímulos y alicientes nuevos.

Pero, desgraciadamente, hacia el final de esta segunda etapa, fué acentuándose aun más el declinar del concepto de la ciencia pura y de su importancia frente a los ataques de una filosofía cada vez más metafísica y mística.

La guerra europea, que azotó a toda la humanidad, precipitó los acontecimientos : dentro de las mismas aulas universitarias las Ciencias naturales quedan relegadas a disciplinas de importancia secundaria y de índole accesoria.

Porque la guerra europea no fué sólo choque de intereses, que se disputaban a cañonazos las clientelas del mundo ; sino también choque irre-

ductible de dos opuestas concepciones de la vida; verdadera conflagración de ideas entre los secuaces de la escéptica concepción materialista quizás de la más formidable inteligencia de los tiempos modernos y los creyentes en la omnipotencia de los valores espirituales.

Vencieron éstos, y sus voceros inculparon a la ciencia de haber suministrado las bases al materialismo, causa de todos los males, y a la técnica los medios más formidables y más feroces para el exterminio de la Humanidad.

Al mismo tiempo, la ingente destrucción de valores económicos y su afanosa reconstrucción quitan a la ciencia pura los medios materiales para su costoso desenvolvimiento y le quitan adeptos, encaminándolos a tareas de utilidad inmediata.

Luego la crisis actual, que no se limita al campo económico, sino que extiende y hunde sus raíces en el campo político y moral, distrae las colectividades y los gobiernos de las preocupaciones intelectuales, para concentrarlos en problemas económicos y sociales de solución apremiante.

En tales trances, la declinación del Museo de La Plata es también la declinación de todos los museos de Historia natural.

Las causas son demasiado evidentes para no cometer la injusticia de imputarla a sus directores: el progreso en las ciencias, así como en todas las demás manifestaciones de nuestra vida social, política y cultural, depende de muchos factores que no están siempre sujetos a nuestra voluntad.

Pero ya los tiempos tienden a cambiar nuevamente. Ya se advierte con toda claridad el comienzo de una benéfica reacción en contra de las causas que llevaron la humanidad a refugiarse, otra vez, en el misterio de los conceptos platónicos perennemente renovados a cada crisis de la cultura y de conciencia.

Un espíritu nuevo ya invade todos los campos de nuestra actividad. Un espíritu juvenil un tanto iconoclasta, que, en la tiranía del actual ritmo febril, ya no concibe las viejas academias cuyo veredicto fuera fruto maduro de canosas experiencias; ni los espíritus contemplativos vagando sigilosos en las sombras de la meditación; ni las figuras hierofánticas que llevan los dioses al olvido y los hombres a la mutua incompreensión.

El mundo actual quiere ser de la juventud, con todo su dinamismo, con todas sus audacias, con todo su optimismo, con todos sus sentimientos, con todas sus rebeldías a la meditación que frena y al ritmo mesurado de la prudencia, hecha de desencantos y de desilusiones.

Pero también el mundo actual debe ser de una juventud fuerte, disciplinada, consciente de sus responsabilidades y de sus deberes; de una juventud que no olvide las nobles tradiciones del pasado, no por frívola

vanidad, sino para buscar en ellas alicientes y propósitos viriles de trabajo y de lucha para triunfos futuros.

Y también ha de ser de los hombres que tienen la conciencia y la voluntad de ser jóvenes; que sepan sugerir a los jóvenes ideales modernos y capaces de conquistar la adhesión de la juventud; y, por lo que a nosotros más de cerca nos atañe, capaces de sustraer la juventud de los excesos de ambas tendencias de cuyo conflicto surgió la crisis actual de la ciencia : el racionalismo infecundo por exceso de orgullo y el idealismo enfermizo por excesivas renunciaciones y por derrotismo.

Fué ventura que, en tal momento crítico, el Museo de La Plata iniciara su tercera etapa bajo la activa dirección del doctor Ricardo Levene. Su visión de la situación del momento y de las tendencias, que hoy marcan el rumbo del porvenir de nuestra institución, es garantía segura.

Al mismo tiempo que reafirma los dos grandes fines del Museo, como Instituto y como Escuela, destaca la necesidad de extender su labor más allá del gabinete y de la cátedra, y abre ampliamente las puertas para que todo el mundo pueda abrevarse en sus fuentes purísimas.

Para secundar las proyecciones futuras de nuestro Museo, en la definitiva consecución de su programa científico, docente y educativo, auspicia un régimen selectivo, tendiente a descubrir los más aptos y los más laboriosos; secunda las exigencias cada vez mayores de la sociedad, que reclama la más amplia difusión de la cultura superior, y reafirma su fe en los espíritus juveniles, que nos traen la audacia y el vigor, especialmente cuando, impulsados por el amor a la ciencia y por un idealismo, hoy heroico, saben resistir a la tentación de profesionalismos lucrativos, para dedicarse a las penosas inquietudes de la ciencia pura.

Heroicas inquietudes que luchan para que dentro del acervo de nuestra cultura la ciencia ocupe un puesto no menos importante que el que intentamos dar a las demás manifestaciones puras y substanciales del espíritu, del arte, de la técnica y las que satisfacen las aspiraciones pragmáticas de la estética y de la materia.

Heroicas inquietudes que no forjan en el bienestar material su ideal de vida; que tampoco se afanan en la utópica ilusión de lograr la felicidad o la justicia y menos aún la verdad absoluta, que está fuera del alcance de la ciencia; sino que luchan para cimentar la ciencia como instrumento de cultura y de moralidad, como maestra de disciplina, de libertad y de tolerancia, como factor eminente de prosperidad nacional y de solaridad humana.

La *Obra del Cincuentenario*, concebida y organizada por el doctor Ricardo Levene, será el jalón concreto que marca el comienzo de la nueva etapa.

A pesar de algunas concesiones a los espíritus analíticos, ella responderá a los deseos de su iniciador, quien quizo una obra de síntesis que

nos diera una neta visión del camino que nos queda por recorrer en el campo de las diferentes disciplinas científicas y, al mismo tiempo, se ajustara a las tendencias nuevas que reaccionan en contra del abuso del análisis y de esa especialización extrema, que, por tan largo tiempo determinó el enclaustramiento de la ciencia y ahondó el divorcio entre el sabio y el pueblo.

Las tres etapas, que acabo de esbozar, tienen aún otra y no menos interesante característica.

Sabido es que en la historia de la cultura de los viejos pueblos que, en época reciente, se acogieron a las modalidades de la llamada civilización occidental, así como también en aquella de las naciones que han surgido como retoños vigorosos de la vieja cepa, transplantados en terreno fecundo, también se advierten con toda nitidez tres etapas progresivas : durante la primera especialistas extranjeros son contratados para fundar y organizar institutos científicos; durante la segunda especialistas europeos colaboran con elementos locales, formados en la escuela de los primeros o, por sus propios medios, bajo el estímulo o el ejemplo de aquéllos; en la tercera, la nueva nación, ya científicamente madura, renuncia a la tutela extranjera y confía a sus propios especialistas todas las iniciativas y todas las actividades en las diferentes ramas de la cultura.

En los tiempos de Moreno evidentemente estamos aún en la primera etapa : primera fase de intensa aspiración para complementar, con un patrimonio científico adecuado, el acervo nacional, ya afianzado en todos los demás campos de las actividades humanas.

En efecto, como no muchos años antes ya lo hiciera para Buenos Aires y Córdoba el gran Sarmiento, trajo Moreno a La Plata un escogido plantel de extranjeros expertos en el culto de las diferentes disciplinas científicas : Ten Kate, Hauthal, Burckhardt, Alboff, Lahille, Roth, Lange, Lafone Quevedo, Lehmann-Nitsche, luego Delachaux, Bruch, Schiller.

Es sólo al final de su larga gestión que, entre el personal científico estable, tímidamente entra el primer argentino, el joven arqueólogo Luis María Torres, precursor de la segunda fase, cuyo comienzo a breve plazo debía seguirle,

Durante ésta, bajo la dirección de Lafone Quevedo y de Torres, los especialistas nacionales rápidamente aumentan : al lado de sabios extranjeros como Spegazzini, Scala, Kantor, Cabrera, Keidel, Herrero Ducloux, vemos no menos eminentes especialistas argentinos como Outes, Carette, Besio Moreno, Debenedetti, Fernández, Nágera, Vignati.

Es la etapa de cooperación, hacia cuyo final el progresivo aumento de valores nacionales prelude el advenimiento de la tercera fase, a la cual legítimamente debe aspirar todo pueblo culto : la eliminación, racional y juiciosa, del tributo al extranjero.

Pero, esta tercera fase recién empezó a definirse netamente en estos últimos meses.

Con los recientes nombramientos de Max Birabén, Emiliano J. Mac Donagh, Lorenzo R. Parodi, María I. Scott de Birabén, Fernando Márquez Miranda, Enrique Palavecino, los cuadros de su personal científico van llenándose con especialistas exclusivamente argentinos.

Y los pocos elementos exóticos que, en el Museo, quedan aún, ni siquiera pueden considerarse extranjeros, por su profundo arraigo a este suelo generoso, por su intensa actividad inspirada por el deseo de contribuir a la prosperidad de este ambiente que es el propio, por sus propósitos siempre alentados por un cariño grande y sincero para esta tierra que es su nueva patria y hogar.

Aun si de vez en cuando, recuerdan con afecto su viejo terruño, porque patria no es sólo una porción de superficie terrestre limitada por confines históricos, políticos o administrativos, conjunto de razas reunidas por los mismos intereses, los mismos ideales y las mismas tradiciones, sino es también sentimiento que, de lo más hondo, evoca los imborrables recuerdos juveniles y la inefable dulzura de la voz materna que nos arrulló en los primeros sueños, que alivió la pena de nuestros primeros dolores, que nos juntó las manos en las primeras plegarias.

De esta manera nuestro Museo, después de cincuenta años de vida laboriosa, inicia su tercera etapa.

En sus comienzos fué casi un « gabinete de curiosidades », luego un « granero de erudición », hoy es un « tesoro de cultura ».

De instituto casi extranjero, ha llegado a ser una institución puramente argentina llenando, por fin, una legítima aspiración de la cultura nacional sabiamente mantenida en aquel justo medio que sabe evitar tanto los particularismos locales, como los universalismos abstratos.

Y se ha transformado también en una escuela nacional que prospera con fuerza autónoma, que vive del alma de su pueblo y en el afecto de su pueblo busca el calor para su propia superación, aparejada a una fe plena en sí misma; fe profunda en la realidad absoluta de los valores propios, sin la cual no puede adelantarse en la ciencia y la sublimidad moral.